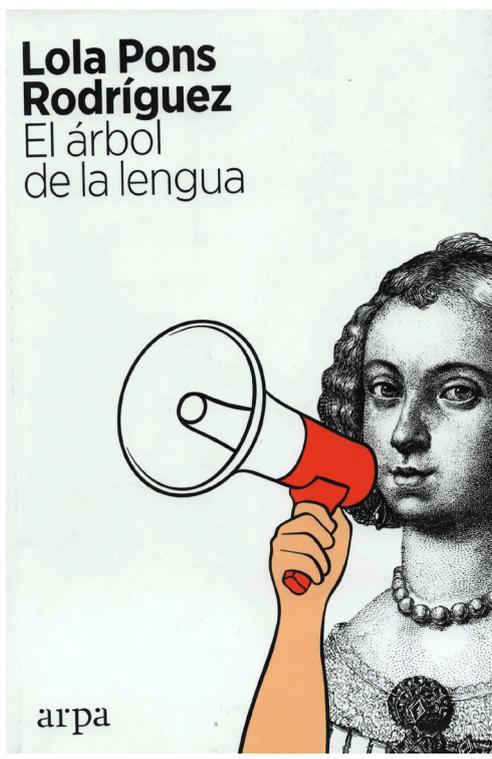


LOLA PONS RODRÍGUEZ, *EL ÁRBOL DE LA LENGUA*,
BARCELONA, ARPA, 2020



ALBA GARCÍA RODRÍGUEZ*
Universidad de Oviedo
albagarciarodriguez@gmail.com

En *El árbol de la lengua*, Lola Pons Rodríguez, catedrática de Lengua Española en la Universidad de Sevilla y Especialista en el estudio de la historia del español, nos ofrece, con un claro afán divulgativo, un profundo análisis de diversos fenómenos lingüísticos de la lengua española. El libro se compone de 69 textos que habían sido publicados en medios periodísticos españoles durante el periodo de 2017-2019, que se organizan ahora en torno a la metáfora de la estructura del árbol, dando lugar a doce secciones tituladas con términos propios de la naturaleza.

En la sección 1, “Bosques y árboles”, se habla de la distinción entre lengua y dialecto. De acuerdo con la autora, todos hablamos un dialecto, pese a las connotaciones negativas que a menudo van asociadas al término, ya que toda lengua se materializa a través de dialectos que poseen la misma validez. En este sentido, la variedad estándar es el dialecto de prestigio y de uso oficial, que tampoco es homogéneo, pues dentro del español, según la zona, coexisten distintos estándares.

La sección 2, “El sonido de los árboles”, se abordan cuestiones de pronunciación y ortografía. De una forma muy didáctica se explican curiosidades como la invención española de los signos interrogativos y exclamativos de apertura en el siglo XVIII para evitar ambigüedades; la historia de la letra “ñ”, característica del alfabeto español; la idéntica pronunciación de las grafías “b” y “v”, pese a la intención de algunos de diferenciarlas en el plano oral, por similitud con el plano escrito –lo que el hispanista Ángel Rosenblat denominaba “fetichismo de la letra”–; la importancia de la letra “h” desde el punto de vista lingüístico, pues no se trata en absoluto de una letra florero; la explicación del yeísmo que neutraliza la distinción “ll”/“y”, muy generalizado en todas las variedades del español; o la explicación de la denominada *vocal esvarabática* que algunos hablantes pronuncian para transmitir una mayor expresividad. Por último, se

explica la discutida introducción del término *almóndiga* en el diccionario académico y, se informa, con la ayuda de su etimología, que no se trata de un capricho actual de la RAE, sino que este vocablo ya aparecía registrado en el *Diccionario de autoridades* (1726-1739).

En la sección 3, “Árboles gramaticales”, se introducen conceptos morfológicos y sintácticos, como la alusión al futuro incierto del pronombre “cuyo”. Se reflexiona también sobre la importancia de conocer la historia de la lengua, ya que las valoraciones que se otorgan a los fenómenos lingüísticos son cambiantes con el tiempo. Por ejemplo, a finales del siglo XIX, la RAE censuraba el uso etimológico de “lo” masculino singular y favorecía el uso del leísmo. Se menciona, además, el uso generalizado del subjuntivo en las lápidas de los cementerios o se confirma el predominio de la terminación *-ra* frente a *-se* en el pretérito imperfecto de subjuntivo.

En la sección 4, “La frondosidad del vocabulario”, conocemos la evolución de algunas palabras del español o las connotaciones que a menudo poseen los antropónimos. También se explica que los marcadores discursivos, o *muletillas*, que usamos para apoyar nuestras conversaciones, no son un invento nuevo, sino que existen desde hace siglos (antes denominados *bordones*). Aparecen, por último, los prefijos y los diminutivos, estos últimos en estrecha vinculación con nuestra procedencia dialectal.

En la sección 5, “Semillas que crecen”, se habla de la adquisición de la lengua y su enseñanza en las aulas. De esa forma, la autora critica el exceso de contenidos metalingüísticos en los primeros cursos de la Educación Primaria, cuando lo importante en esos niveles es aprender a hablar en público o adquirir el gusto por la lectura. También se analiza el lenguaje actual de los jóvenes, como las expresiones “en plan de” y “bueno no, lo siguiente”, ambas de uso creciente en el español europeo. Por último, la autora finaliza invitando a los jóvenes a seguir su vocación a la hora de elegir sus estudios universitarios y no guiarse únicamente por las exigencias del mercado laboral.

La sección 6, “El árbol de la ciencia”, se centra en el estudio del lenguaje científico, ya que, si no se quiere ver menguado el árbol de la lengua, hay que prestar importancia al ámbito de difusión científica y, por ello, aplaude la introducción en el español de una nueva palabra, “escutoide”, fruto de una investigación en Sevilla.

En la sección 7, “Viejos y nuevos terrenos”, se realiza un recorrido por la historia de la lengua española en el mundo. El árbol del español no se corresponde con un único país, por eso la autora prefiere hablar de *terreno*. De esa forma, viajamos desde el *mio Cid*, al reino de Flandes o se aclara el uso adecuado del término “americano”; sin olvidar el homenaje al lingüista Amado Alonso.

En la sección 8, “Las raíces de mi árbol”, la autora se centra en sus raíces andaluzas e incluye textos relacionados con esta variedad del español, históricamente muy desprestigiada, debido, entre otras razones, a factores socioeconómicos; mientras que en la sección 8, “Mujeres bajo el árbol” incluye textos que aluden a los prejuicios históricos hacia la dedicación intelectual de las mujeres. Nos recuerda que la lengua no es sexista, sino que lo es su uso; e incluye, además, un merecido homenaje a grandes lingüistas, como María Goyri, Josefa Canellada, Jimena Menéndez Pidal, etc., olvidadas, incluso, en las jornadas de homenaje a las científicas.

Por último, en las secciones restantes, se incluyen textos que analizan vocabulario propio de determinados ámbitos. En las secciones 10, 11 y 12, “A la fresca sombra”, “El árbol del dinero” y “El árbol de la Navidad”, recoge el léxico vinculado con la época estival, se centra en la relación entre la lengua y la economía, y se analiza el léxico que se asocia con la Navidad. En último capítulo, se alude a las nuevas palabras de cada año, que finaliza con un magistral recorrido lingüístico-social por todos los meses del año. El libro concluye con una serie de ejercicios de reflexión lingüística para “seguir cultivando el árbol”.

A lo largo de la obra, se insiste, por tanto, en la importancia de conocer el contexto comunicativo para poder explicar los fenómenos lingüísticos. La autora recurre a la metáfora de la casa para explicar la lengua, cuyos integrantes son el vocabulario, la pronunciación y la gramática. De esa forma, cada planta o nivel es una variedad o registro: en la planta baja, se encuentran los niveles más informales, mientras que en la planta alta se sitúan los niveles más cuidados. De ahí que el *hablar bien* consista, precisamente, en saber qué rasgos de cada planta debemos usar en los distintos ámbitos, a diferencia de la consideración de algunos hablantes que relacionan el *hablar bien* con una determinada área dialectal.

La autora insiste también en el dinamismo de la lengua española, un organismo vivo que ha ido cambiado con el tiempo para poder adaptarse mejor a las nuevas necesidades de los hablantes. Por tanto, el cambio lingüístico no es un problema actual ni exclusivo de la lengua española y los hablantes tenemos una gran importancia en su devenir: “El límite para la lengua no está en el diccionario sino en nosotros” (p. 228).

Además, en la obra se valora también la enorme riqueza dialectal del español. El castellano, aunque nacido en Castilla en sus orígenes, se habla en la actualidad en numerosos países. Por ello, la autora nos invita a conocer su mencionada riqueza dialectal, que ella misma logra reflejar muy bien en esta obra. De esa forma, nos encontramos no solo con referencias españolas, como Antonio de Nebrija, sino también de otras variedades del español, como García Márquez. Y todo ello explicado con un estilo sencillo y muchas notas de humor, sabiendo siempre en qué momento introducir el tecnicismo, con su acertada explicación, dándonos la sensación de que aprendemos casi sin darnos cuenta. Así pues, Lola Pons nos demuestra que ella maneja con soltura todas esas plantas del edificio de la lengua.

Por último, cabe destacar que la autora no se limita al ámbito lingüístico, sino que, a través de las reflexiones sobre la lengua, nos abre los ojos a otras realidades de nuestro tiempo. Así, por ejemplo, al explicar el significado actual de la palabra “escaño” en el ámbito político, que en su origen solo refería a un mueble, nos recuerda la importancia de una política útil y colectiva, alejada del individualismo imperante. Al hablar de los términos “emigrar” e “inmigrar” reflexiona, asimismo, sobre las dificultades vitales que se esconden detrás de esas palabras. Desea también que el empleo de anglicismos como *bullying* o *minijob* no atenúen la terrible situación a la que se refieren y aboga por la igualdad en todos los ámbitos.

En definitiva, si todo bosque está conformado por muchos árboles, esperamos con anhelo poder contar pronto con más “árboles de la lengua” que nos permitan seguir conociendo de una forma tan amena la historia de la lengua española.

* **Alba García Rodríguez** es Licenciada en Filología Hispánica con Premio Fin de Carrera en la Universidad de Oviedo, donde también realizó el Máster Universitario en Español como Lengua Extranjera y el Máster Universitario en Formación del Profesorado. En la misma universidad está desarrollando su tesis doctoral sobre el español de América. En la Universidad de Oviedo trabajó como docente, tanto en el Grado de Lengua Española como en los cursos de verano de español destinados a estudiantes extranjeros.

RECIBIDO: 28/07/2020

ACEPTADO: 21/08/2020